

La violencia revolucionaria.

Isabelle Sommier

Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2009, 158 páginas..

Por Pablo Augusto Bonavena

La autora, directora del Centro de Investigaciones Políticas de la Sorbona, considera a la violencia revolucionaria como aquella que busca atacar el poder del Estado desde un fundamento emparentado con alguna ideología de cambio social radical. Desde esta definición, procura analizar el surgimiento y desarrollo de la violencia revolucionaria desde mayo de 1968 impulsada por la "extrema izquierda", aclaración que cobra sentido por entender que también es patrimonio de "algunos grupos de corte fascista", ordenado su derrotero alrededor de una pregunta central: ¿Cómo explicar la eclosión de grupos que eligen la vía armada en los años sesenta y setenta, en Europa como en los Estados Unidos y Japón? Sin duda la tentativa de responder a este interrogante no agrega aportes significativos a otros intentos anteriores. La explicación es el aspecto menos desarrollado de este trabajo. Luego de recorrer algunos de los supuestos teóricos que circulan por fuera del marxismo o de la psicología de masas, si bien recupera aspectos de ésta última, la autora busca instalarse en un espacio analítico tomando distancia de las llamadas teorías de los movimientos sociales y de la acción colectiva, lo que algunos especialistas reúnen bajo el nombre de "nuevas teorías del conflicto social", señalando limitaciones y problemas en las mismas. Pero Sommier nunca avanza decididamente en procurar una alternativa a los enfoques que critica; los cuestiona pero en definitiva recurre a sus nociones teóricas. En efecto, la misma actitud adopta frente a la teoría de la privación relativa de Ted Gurr, pero obviando las impugnaciones que arrecian sobre él desde el marxismo. También discute el modelo de "inspiración tourainiana" sustentado por Michel Wierviorka.

Paralelamente pone una mayor distancia respecto de Pierre Bourdieu, Raymond Boudon y Eric Hobsbawm, autores que abordan su objeto de investigación.

Aunque parciales, sin duda son interesantes algunos de los reproches efectuados por la autora a las teorías del comportamiento colectivo, la teoría de la movilización de recursos y algunas nociones como la "estructura de oportunidades políticas"; a los que se suman varios cuestionamientos teórico-metodológicos a Sidney Tarrow y un agudo señalamiento a Charles Tilly y las dificultades que introduce su sugerencia para explicar las acciones violentas, problemática que por esa recomendación es recluida finalmente en un "lugar ambiguo". Los argumentos que esgrime Sommier para tomar distancia, indudablemente, alimentan el debate teórico que cruzan las investigaciones sobre las luchas populares, vistas desde las teorías de la acción colectiva y de los movimientos sociales, poniendo de relieve los reduccionismos que suponen estos enfoques como el psicologismo o economicismo, pero sin avanzar hacia la teoría que los supera: el marxismo.

El déficit que se encuentra en la explicación contrasta con la gran cantidad y rigor de observables empíricos presentados en la exposición. Los datos acerca de las organizaciones en cada uno de los países abordados son muy exhaustivos (Francia, Italia, Alemania, Estados Unidos de Norteamérica y Japón). También es menester destacar la información que brinda sobre las formas organizativas, las fundamentaciones de cada grupo, sus luchas teóricas, sus acciones, su arraigo social y alianzas. Lo mismo sobre algunos de los militantes más encumbrados a partir de reseñas biográficas. Es importante remarcar, por último, la breve pero valiosa información ofrecida por el anexo de datos numéricos tomados de distintas fuentes, presentados en cuadros que facilitan su lectura.





Entrando a la temática abordada, además de tener una gran importancia en los países investigados, obviamente cobra un gran sentido en Latinoamérica en general y en Argentina en particular, porción del mundo que conoció muchas experiencias que guardan cierta analogía en algún aspecto; por ende, la interrogación puede ser extendida a la región para el mismo período. Pero más allá de este posible ejercicio, es muy interesante observar como la autora localiza un conjunto de problemas para analizar a la violencia política, que también tienen su presencia en nuestro territorio.

Sommier centra su atención en las organizaciones que plantearon la lucha armada, pero acotando su mirada sobre aquellas que lograron mayor proyección, a partir de la apertura de un "ciclo de protestas" en 1968, que generó expectativas revolucionarias al calor del estallido de revueltas estudiantiles, juveniles y obreras; marco de situación que actualizó y vigorizó los debates y las prácticas en torno a la cuestión de la toma del poder.

Reconoce que la tarea no es sencilla ya que a "la historia no les gustan los vencidos", y las querellas que se abren hoy día sobre la situación de algunos de los prisioneros que todavía quedan de aquellas experiencias, luego de muchos años de condena, ponen en evidencia que persiste una crisis no resuelta, que sólo se suturaría con el debate histórico, emprendimiento con el que este libro procura contribuir considerando el contexto que llevó a una parte de la juventud a sentir que transitaba un período revolucionario, la radicalización que acompañó tal percepción, las estrategias de algunas organizaciones y, finalmente, el proceso de desmovilización.

Para afrontar el desafío, la autora pone en evidencia una anomalía a partir del balance presentado en la primera parte de esta reseña. Reconoce que en la historia de los movimientos sociales desde el '68 todo el vocabulario refiere a la guerra; por ejemplo, pone en juego la

relación obvia entre la palabra "militante" y "militar", realidad que puede ser vista como un observable de la íntima relación entre movimientos sociales y violencia. Pero Sommier argumenta que esta evidencia es atropellada por la censura que escindió el examen de esos movimientos del tema de la violencia. Se requiere, entonces, encontrar las causas que instalaron este evidente despropósito tanto teórico como político. El cruce entre los enfoques de los comportamientos colectivos y su vinculación con la "agresión" más la carga negativa que crecientemente adquirió el término terrorismo eclipsó el estudio de la radicalización de los '70.

Opina que la sociología de los movimientos sociales tiende a cerrarse al estudio de la violencia que es abordada, entonces, desde la lente "terrorista", ángulo desde donde se engloban indiscriminadamente diferentes acciones y sus metas desde un prisma fuertemente ideológico. 1968 es un tema tabú, afirma, que se expresa desde un "silencio total" en Japón al ocultamiento provocado por "memorias oficiales" como en Italia o Francia. Este libro pretende enfrentar ese "silencio sobre los años 1968" haciendo, con claroscuros, un aporte digno de ser considerado.

